

LA CRÍTICA DE SIMON CLARKE AL MARXISMO ESTRUCTURALISTA

SIMON CLARKE'S CRITIQUE OF STRUCTURALIST MARXISM

Alberto Bonnet

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-5056-2321>
abonnetprivado@gmail.com

RESUMEN

El artículo expone y discute la crítica que Simon Clarke desarrolló entre mediados de los años setenta y comienzos de los noventa al marxismo estructuralista. El primer apartado está dedicado a su crítica a la antropología estructuralista de Lévi-Strauss, precursora del desarrollo del estructuralismo en su conjunto. El segundo, a su crítica a los escritos fundantes del marxismo estructuralista, de Althusser y Balibar, y el tercero, a su crítica a las concepciones estructuralistas del Estado y las clases de Poulantzas. El cuarto apartado aborda la crítica de Clarke a las huellas que dejó ese marxismo estructuralista en la llamada Escuela de la Regulación y en algunos otros marxistas contemporáneo, como Jessop y Hirsch. Los ejes de la crítica de Clarke al marxismo estructuralista son sus objeciones a la relevancia empírica del concepto de estructura, a la concepción de las relaciones de producción en términos técnicos, en particular, y, en términos más amplios, al carácter externo de las relaciones entre prácticas / instancias dotadas de autonomía relativa dentro de esa estructura, y al determinismo estructural-funcionalista, especialmente respecto del papel de la lucha de clases. Hacia el final del artículo, discutimos los alcances y límites de dicha crítica.

Palabras clave: Simon Clarke, estructuralismo, Estado, relaciones de producción, lucha de clases

ABSTRACT

This article presents and discusses the critique of structuralist Marxism that Simon Clarke developed between the mid-1970s and early 1990s. The first section is devoted to his critique of Lévi-Strauss's structuralist anthropology, which was a precursor to the development of structuralism as a whole. The second section is devoted to his critique of the founding writings of structuralist Marxism, by Althusser and Balibar, and the third section is devoted to his critique of Poulantzas's structuralist conceptions of the State and classes. The fourth section deals with Clarke's critique of the traces that structuralist Marxism left in the so-called Regulation School and in some other contemporary Marxists, such as Jessop and Hirsch. The mainstays of Clarke's critique of structuralist Marxism are his objections to the empirical relevance of the concept of structure, to the conception of production relations in technical terms, in particular, and, more broadly, to the external character of relations. between practices/instances endowed with relative autonomy within the structure, and to structural-functionalist determinism, especially with regard to the role of class struggle. Towards the end of the article, we discuss the scope and limits of this critique.

Keywords: Simon Clarke, structuralism, State, relations of production, class struggle

A Simon Clarke

INTRODUCCIÓN

Quisiera introducir estas páginas exponiendo algunos avatares de su escritura. Entre otros aportes de Simon Clarke, me interesaron y me ayudaron desde hace años sus críticas al marxismo estructuralista y, especialmente, a la teoría del Estado de Poulantzas. Entonces, ante la convocatoria a este dossier de *Bajo el volcán* en su homenaje, mi reacción inmediata fue escribir sobre esa crítica. Pero dudé, en un primer momento, porque me pareció que escribir un artículo entero dedicado a ese asunto quizás no fuera muy relevante. Su crítica a la concepción poulantziana del Estado me pareció un asunto relativamente secundario dentro

del conjunto de sus problemas y sus escritos.¹ Y estuve a punto de desistir. Pero no desistí, porque revisé sus escritos de conjunto y advertí que esa crítica suya a Poulantzas, que había considerado y sigo considerando muy aguda, era parte de una crítica mucho más amplia al marxismo estructuralista, que Clarke desarrolló entre mediados de los setenta y comienzos de los noventa. Agradezco a los editores de este dossier que me hayan provisto la ocasión de advertir mi error.

Esto justifica que haya escrito estas páginas. Pero también explica su estructura. En el primer apartado, voy a ocuparme de su crítica a la antropología estructuralista de Lévi-Strauss. En estas páginas, me interesa especialmente su crítica al marxismo estructuralista, pero, por razones que indicaré enseguida, me parece pertinente comenzar con un escueto comentario sobre su crítica a Lévi-Strauss. En el segundo y tercero, pasaré a sus críticas al marxismo estructuralista de Althusser y Balibar, y del que Althusser reconoció como el mejor de sus discípulos, Poulantzas. Quizás aquí se encuentre el corazón de este artículo, por razones obvias. Pero, en el cuarto, quisiera abordar también la crítica de Clarke a las huellas que ese marxismo estructuralista dejó en la llamada Escuela de la Regulación y en algunas otras versiones del marxismo contemporáneo porque fue, y sigue siendo, un asunto de cierta actualidad. Este orden respeta el orden histórico del desarrollo del estructuralismo marxista, y, a la vez, con alguna aclaración que haré más adelante, respeta el orden cronológico de sus escritos durante el período que voy a considerar.

El artículo en su conjunto quiere demostrar dos cosas. La primera, algo erudita, es que hay una continuidad entre esas sucesivas críticas de Clarke al marxismo estructuralista; y este asunto debe considerarse como una parte significativa de su legado intelectual. Voy a tratar de mostrar esto más adelante. La segunda, más importante, es que importa tener en cuenta esa porción de su legado en

¹ Para un panorama sobre su trayectoria, pueden consultarse Ioannou (2023) y los artículos reunidos en el dossier coordinado por Dinerstein (2023).

nuestros días. Más adelante intentaré mostrar también esto. Pero, respecto de este punto, quisiera adelantar un argumento más general, que no podría incluir más adelante sin dispersar mi exposición. Una de las armas clave de Clarke contra las distintas variantes del estructuralismo, como enseguida veremos, fue su denuncia de vacuidad desde un punto de vista empírico. Y creo que debemos recuperar esta arma suya, *mutatis mutandi*, contra algunas variantes del marxismo contemporáneo, sin importar que no se asuman como estructuralistas. El blindaje de la teoría ante la realidad que montaron Althusser y sus discípulos en los años sesenta puede resultar un asunto más o menos secundario en nuestros días. Pero hay nuevas versiones de ese mismo blindaje en el marxismo contemporáneo. Versiones que comparten, con la estructuralista de Althusser, muy parecidas condiciones sociales de origen, a saber, condiciones de impotencia política ante la realidad, aunque asuman versiones muy distintas de la estructuralista. Quizás esto dote de un agregado de actualidad a algunos de los argumentos de estas páginas.

En estas páginas, por razones de espacio, voy a recurrir exclusivamente a los escritos de Clarke, sin confrontarlos con los escritos de los autores que critica. Y, por las mismas razones, voy a exponer y discutir solamente sus críticas al marxismo estructuralista de carácter teórico, es decir, excluyendo aquellas en las cuales confronta empíricamente sus concepciones con los fenómenos histórico-sociales involucrados. En algunas ocasiones, señalaré al margen algunos problemas que su crítica al marxismo estructuralista apenas sugiere, y que merecerían desarrollarse. Y también plantearé, en el último apartado, la que considero como una debilidad subyacente a dicha crítica. El artículo entero es, en cualquier caso, un homenaje a Simon Clarke.

LOS ORÍGENES DEL ESTRUCTURALISMO: SU CRÍTICA A LÉVI-STRAUSS

Clarke (1981) sitúa en el análisis de las estructuras de parentesco de Lévi-Strauss, de fines de los cuarenta, los orígenes del estructuralis-

mo, tanto marxista como no-marxista.² Clarke insiste en la deuda de la antropología de Lévi-Strauss, vía Mauss, con la sociología de Durkheim. Aunque las representaciones colectivas de este último cedan su paso en Lévi-Strauss a un inconsciente genérico, que no consiste en un inconsciente colectivo a la manera de Jung sino precisamente en una estructura vacía, en un orden simbólico que se convertirá poco después en objeto por excelencia de las ciencias sociales.³ En efecto, Lévi-Strauss parte de una matriz, la reciprocidad de Mauss, como estructura de todas las relaciones sociales (poder, guerra, comercio, parentesco), pero añade a su concepción funcionalista de esas relaciones el anclaje inconsciente-genérico de esa estructura. La teoría del parentesco es un caso de una más amplia teoría de la reciprocidad precisamente porque la prohibición del incesto, que explicaría el origen de la cultura, genera intercambios a través del matrimonio reglado.

Ya a esta altura, es decir, aún antes de avanzar hacia versiones más formalizadas del pensamiento de Lévi-Strauss, Clarke adelanta una objeción que se volverá una constante dentro de su crítica al estructuralismo, a saber, la de *irrelevancia empírica del concepto de estructura*, empleado de una manera típico-ideal. En efecto, Clarke argumenta que esas estructuras de reciprocidad en general y de parentesco en particular son empíricamente vacías y que el concepto de inconsciente genérico subyacente, que pretende otorgarles anclaje objetivo, es meramente especulativo (1981: 71-84). Adviértase mientras tanto la importancia de ese anclaje o, como lo denomina Clarke, de esa “correlación trascendental” (1980a: 87-

² El libro que cito (*The foundations of structuralism*) es una versión revisada de su tesis de doctorado (*The structuralism of Claude Lévi-Strauss*, Universidad de Essex, 1975). El capítulo VII es a su vez una versión modificada de Clarke (1977a); y los capítulos II y III, de Clarke (1978a), artículos que son más exhaustivos.

³ Clarke (1980a: 86, nota 51) afirma en paralelo que también el concepto de ideología de Althusser, en su función de subjetivación / cohesión, está emparentado con el concepto de representación colectiva de Durkheim. Este vínculo entre el positivismo racionalista francés y el estructuralismo es, como cree Clarke, un asunto decisivo.

9, nota 56) entre estructura y realidad: si no se determinara con precisión esta correlación, debería abandonarse sin más cualquier concepción correspondentista de la verdad, reemplazándola por la concepción convencionalista / coherentista de la verdad propia de las ciencias formales. Si la estructura es vacía y su correlación con la realidad queda indeterminada, concluye Clarke, el análisis de las estructuras de parentesco de Lévi-Strauss resulta infalsable.

Esta metodología estructuralista es extremadamente poderosa porque hace que cualquier teoría propuesta sea estrictamente infalsable por la sencilla razón de que la teoría no pretende ser una teoría de ninguna realidad identificable, sino una teoría de sistemas inconscientes que se encuentran detrás de la realidad y que la realidad expresa sólo de manera inadecuada e imperfecta. El problema al que nos enfrenta constantemente una metodología de este tipo es simple: ¿cuál es el valor de una teoría científica que nos da un conocimiento indudable de un objeto para cuya existencia y propiedades no hay, ni puede haber, ninguna evidencia independiente? (1981: 104).

Clarke (1981: 53-6) se considera obligado a aclarar, en este punto, que no tiene en mente el criterio de falsabilidad en su versión popperiana. Tomemos nota de su aclaración, pero, en cualquier caso, su objeción es correcta. Va de suyo que ninguna teoría relevante puede ser empíricamente contrastable en todos y cada uno de sus niveles de abstracción. Sostener la exigencia contraria nos hundiría en el empirismo más estéril –más adelante volveré sobre este asunto, pero ya no con, sino contra Clarke. Pero a la vez una teoría que no pueda ser discutida en ninguno de esos niveles de abstracción, a partir de ninguna evidencia empírica independiente de ella, resulta inaceptable. Así que prosigamos.

Ese análisis de las estructuras de parentesco de Lévi-Strauss aún mezcla, de manera inconsistente, observa Clarke, argumentos sociológico-funcionalistas con argumentos formalistas-estructuralistas (1981: 96-7). Pero estos últimos acabarán predominando en sus escritos posteriores, como en sus análisis del pensamiento salvaje y de los mitos, gracias a la creciente influencia del proto-estructura-

lismo lingüístico de Saussure, que Lévi-Strauss había asimilado gracias a Jakobson. Las estructuras lingüísticas acabarían proveyendo la matriz de todas las ciencias sociales, en el estructuralismo, en la medida en que explicarían el modo en que los seres humanos crean sistemas de significados a través de la introducción de diferencias dentro de la homogeneidad natural (1981: 158). El estructuralismo acabará entonces emancipando al orden simbólico (al que ya se encuentra reducida la sociedad) como un orden irreducible a cualquier otro (a la naturaleza, a la sociedad, ahora entendida en un sentido materialista, a la conciencia e incluso al inconsciente de quienes la integran, individualmente considerados), orden que no sólo precede a los individuos, sino que los constituye sin resto como tales y como miembros de esa sociedad (1981: 99-103). Aquí se originan, argumenta Clarke, los individuos como “efectos de la estructura” que después encontraremos en la interpretación del psicoanálisis de Lacan y en la problemática del sujeto de Althusser y Foucault.

EL ESTRUCTURALISMO MARXISTA I: SU CRÍTICA A ALTHUSSER Y BALIBAR

Clarke escribió su crítica del estructuralismo de Althusser y Balibar (1980a) en los mismos años en los que escribió esa crítica del estructuralismo de Lévi-Strauss.⁴ Y se inscribe explícitamente en los debates suscitados por la irrupción del althusserianismo en el ámbi-

⁴ En la nota introductoria a *Althusserian Marxism*, Clarke señala que su primer borrador se originó en 1970 y en su lectura de *Lire Le Capital* o, más exactamente, en su “total frustración ocasionada por su fracaso en encontrar alguna conexión sustancial entre *Para leer El capital* [...] y *El capital*” (1980a: 7). Yo confieso que, en mi primera lectura de este escrito althusseriano, muy interesante en sí mismo, experimenté la misma frustración que Clarke. Aclaremos que, en esta crítica a Althusser y Balibar, Clarke se centra en los textos fundadores del marxismo estructuralista (en *Lire Le Capital* y *Pour Marx*), no en su evolución posterior.

to del marxismo británico. Clarke enfrenta desde el vamos, cerca de Thompson, los anatemas contra el “historicismo”, el “humanismo” y el “empirismo” esgrimidos por Althusser y sus discípulos.⁵ Y argumenta que en el marxismo althusseriano, como en el neopositivismo, “la separación entre pensamiento y realidad (‘teoría’ y ‘observación’) conduce a un idealismo lingüístico” (1980a: 10).

La crítica de Clarke se centra en la concepción de las relaciones de producción de Althusser y sus discípulos (véase Charnock y Starosta, 2023). Sin embargo, como enseguida veremos, implica una crítica mucho más amplia del estructuralismo. El argumento clave de Clarke en este punto es que el marxismo estructuralista concibe las relaciones de producción en términos técnicos, como relaciones entre factores de producción, y relega a las relaciones de distribución, de propiedad de esos factores, su dimensión propiamente social (1980a: 25). Esta concepción técnica de las relaciones de producción, argumenta Clarke, es propia de la economía política clásica (especialmente, de Ricardo y Mill, aunque después heredada por los neo-ricardianos) y del marxismo ortodoxo de la segunda y tercera internacionales, pero ajena a la crítica marxiana de esa economía política. “La especificidad de los conceptos de Marx en relación con los conceptos de los clásicos está definida por la transformación del concepto de producción, de uno en el que las relaciones sociales entre las clases se superponían a las relaciones técnicas entre los factores, en uno en el que las dos constituyen una unidad contradictoria. En la concepción clásica, la explotación se refiere a la distribución de un producto dado. En la concepción de Marx, la explotación domina la

⁵ En el eje de esos debates se encuentra la polémica entre Anderson, uno de los introductores del marxismo althusseriano en Gran Bretaña, a través de la *New Left Review*, y Thompson. Detenernos aquí en esta polémica, de índole historiográfica nos desviaría de nuestros objetivos, pero puede consultarse el excelente ensayo de Sazbón (2009). Señalemos aquí solamente que Clarke reivindica, en buena medida, la crítica de Thompson a Althusser (véase en particular Clarke, 1979) y que a su vez Thompson reivindicó la crítica, aún inédita entonces, de Clarke a Althusser (Thompson, 1981: 29, nota 5).

producción de ese producto. En la concepción clásica no hay contradicción entre las relaciones técnicas de producción y las relaciones sociales de distribución, ni hay conflicto dentro de la producción, ya que la producción y la distribución están separadas entre sí. En la concepción de Marx, en el modo de producción capitalista, la producción de valores de uso está subordinada a la producción de relaciones sociales, a la producción de valor, de modo que, en el modo de producción capitalista, hay una contradicción dentro de la producción, y las fuerzas y relaciones de producción constituyen una unidad contradictoria, la unidad contradictoria de la producción como producción de valor y como producción de valores de uso" (1980a: 40).⁶

Esta objeción, en la que Clarke insiste una y otra vez, aunque pone en juego uno de los conceptos centrales de Marx, puede parecer a simple vista una objeción puntual que quizás no afecte al marxismo estructuralista en su conjunto. Sin embargo, no es así, porque esa reducción de las relaciones de producción a relaciones técnicas entre factores es una consecuencia de la propia interpretación estructuralista de Marx. En efecto, es el reemplazo estructuralista de la contradicción dialéctica por la *interacción externa entre prácticas / instancias dotadas de autonomía relativa*, de efectividad dentro de sus correspondientes rangos, el que conduce a ese reduccionismo (1980a: 34-8).⁷

⁶ Para una exposición más sistemática de esta diferencia, e independiente de esta polémica con el marxismo estructuralista, véase Clarke, 1980: cap. 4. Clarke no se detiene mucho en la concepción neo-ricardiana de las relaciones de producción –que quizás sea la máxima expresión de su reducción a relaciones técnicas– ni en la influencia que pueda haber ejercido en la estructuralista (sobre este punto, véase Lebowitz, 1973, a quien remite el propio Clarke, y Altvater, Hoffmann y Semmler, 1979).

⁷ Clarke (1980a: 28) sugiere que Althusser ya había adelantado esta concepción estructuralista de la totalidad en su ensayo sobre Montesquieu de 1959, y la relaciona con el materialismo mecanicista de este último. Pero no interroga los conceptos althusserianos de materialidad y materialismo. Hasta donde sabemos, Althusser nunca definió esos conceptos; pero sus empleos de ellos (cuando se refiere al carácter material de la ideología y las prácticas y los aparatos ideológicos, por ejemplo, o al materialismo espontáneo de los científicos) sugieren que los concibe en

Los problemas de esa concepción estructuralista de la totalidad se vuelven aún más evidentes en la crítica de Clarke a la concepción de Balibar de los modos de producción y de su empleo en la periodización histórica.

Para construir una versión analítica de Marx, es necesario despojar a los conceptos básicos de su historicidad y fundarlos enteramente ‘en la teoría’. La historia será entonces una construcción del modo de producción y no su punto de partida. La economía política clásica y su heredera ideológica, la sociología funcionalista, proporcionan precisamente la base transhistórica sobre la que construir el concepto de “modo de producción”. Balibar basa su concepto de “modo de producción” en una concepción universal y transhistórica de la producción en general como invariante de la historia. Cada modo específico es entonces una combinación variante de los elementos y relaciones invariantes que entran en esta combinación, y la historia la sucesión de tales modos (1980a: 54).

En efecto, en los distintos modos de producción, entendidos en sentido estrecho, se encontrarían los mismos elementos invariantes (el productor, los medios de producción y el no-productor) y la diferencia entre ellos radicaría en las combinaciones posibles de las relaciones (de apropiación real y de propiedad) entre ellos, mientras que las relaciones de producción vuelven a ser entendidas en aquel sentido técnico y su carácter social vuelve a ser relegado a las relaciones de distribución (1980a: 54-5).

Esta combinatoria resulta en un espectro abstracto de modos de producción (en ese sentido estrecho) posibles, algunos de los cuales definirán, en tanto predominantes, los modos de producción (ahora en un sentido amplio) realmente existentes en la historia, mientras que otros apenas existirán como subordinados. La instancia de lo económico determina en última instancia estos

un sentido vulgar. Es plausible pensar que su gesto de partir de las relaciones de producción, entendidas en ese sentido meramente técnico, estuviera vinculado con su pobre concepción del materialismo.

últimos modos de producción, pero en la medida en que determina cuál de las instancias de la estructura (económica, jurídico-política, ideológica) ocupa la posición dominante. También esta noción de determinación en última instancia motiva la crítica de Clarke.

Lo económico no puede ser determinante en primera instancia porque las “relaciones de producción” son fundamentalmente políticas o ideológicas, y no económicas. Esto se debe a que las “relaciones de producción” de Althusser, como las de la economía política clásica, son *relaciones de distribución proyectadas sobre la producción* por la ley o por la costumbre que asignan derechos a la participación en el producto en virtud de la *propiedad* de los factores. Por lo tanto, las “relaciones de producción” sólo pueden ser relaciones jurídicas o ideológicas, “*presuponen la existencia de una superestructura* jurídico-política e ideológica como condición de su peculiar existencia”. Esto significa que los niveles políticos o ideológicos son de hecho determinantes (Clarke, 1980a: 50-51; la cita interna proviene de la versión en inglés de *Lire Le Capital*).

De esta manera, la noción de determinación, en última instancia, paradójicamente, se convierte en una noción indeterminada.

Al final, Althusser recurre a un nuevo concepto de causalidad para escapar de este dilema: la idea de causalidad-estructural-en-una-totalidad-compleja-estructurada-bajo-el-dominio-en-última-instancia-de-lo-económico. En tanto parte de una totalidad interdependiente, lo económico es un efecto de la estructura de la totalidad misma. La causalidad es, por tanto, una causalidad en la que la totalidad es una causa sólo visible en sus efectos. Es esta totalidad invisible la que está secretamente dominada por lo económico (Clarke, 1980a: 50).

Clarke advierte correctamente que todo este extraño galimatías resulta de la traducción estructuralista de la primacía atribuida por Marx a la producción, es decir, a la manera en que las sociedades reproducen las condiciones materiales de su existencia, principio materialista bastante sencillo, en la “determinación en última instancia” de una

“instancia de lo económico” invariablemente presente en la estructura de todos los modos de producción. Y advertirá poco después, también correctamente, que el carácter indeterminado de esa noción de determinación en última instancia conducirá a su definitivo abandono entre sus sucesores posestructuralistas. Y posmarxistas.

Mientras tanto, el status de esos modos de producción vuelve a ser en los hechos un status típico-ideal, como el de las estructuras parentales o mitológicas de Lévi-Strauss, al tiempo que las formaciones económico-sociales realmente existentes en la historia serían combinaciones entre esos modos de producción, con uno de ellos como predominante.⁸ Y el pasaje de la sincronía a la diacronía, es decir, el pasaje del funcionamiento de esos modos de producción a la crisis y la transición entre ellos, queda librado entonces a “coyunturas” en las cuales se desestructuran y gana primacía la instancia de lo político. Es importante recordar, a la luz de la posterior crítica de Clarke a la escuela de la regulación, que esa desestructuración respondería a una disfuncionalidad dentro de la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción, relación cuya funcionalidad habría sido garantizada previamente por el modo de producción en crisis.

EL ESTRUCTURALISMO MARXISTA II: SU CRÍTICA A POULANTZAS

La crítica de Clarke al primer Poulantzas, apenas posterior a las anteriores, recupera en parte sus objeciones a Althusser y Balibar.⁹ También en la concepción poulantziana del modo de producción,

⁸ Clarke (1980a: 93, nota 75) indica que esta dualidad entre el modo de producción como abstracción típico-ideal (o mental) y la formación económico-social como realidad concreta (o material), que ya está implícita en Althusser y Balibar, se explicitará sin más en el primer Poulantzas.

⁹ Sigo aquí la distinción estándar entre un “primer Poulantzas” más althusseriano (*Pouvoir politique et classes sociales*, de 1968) y un “se-

el nivel económico es el de la producción material, que garantiza la supervivencia física del conjunto. El nivel político asigna a los agentes individuales los medios de producción como propietarios o no propietarios, siendo estos últimos residualmente propietarios de la fuerza de trabajo, y por tanto receptores de sus respectivos ingresos. El nivel ideológico constituye estos “soportes” individuales de las relaciones de distribución como sujetos sociales capaces de cumplir sus papeles en la sociedad. El nivel económico es, pues, el ámbito técnico de la producción material, los niveles político e ideológico son el ámbito social que establece las condiciones sociales de la reproducción material. Para este análisis, por lo tanto, la autonomía de lo político y de lo ideológico con respecto a lo económico es la supuesta autonomía de las relaciones de distribución con respecto a las relaciones de producción, que depende de la concepción burguesa de la producción (1977b: 9).

Pero hay dos especificidades en su crítica a Poulantzas, derivadas ambas de la diferencia entre los intereses teóricos de Poulantzas y los de Althusser y Balibar. La primera se relaciona con que Poulantzas desarrolló una concepción de las clases sociales —o, más precisamente, de las clases sociales en función de su relación con el Estado. La objeción de Clarke a esta concepción poulantziana de las clases, derivada de la anterior, consiste en que es meramente sociológica y no marxista, es decir, precisamente, que no se sustenta en el concepto marxiano de relaciones sociales de producción. Una concepción de las clases basada en “las ‘estructuras’ objetivas de la sociología estructural-funcionalista”, antes que en “las relaciones de producción marxistas” (1977b: 4). Clarke argumenta en este sentido que

las clases sociales de la teoría de Poulantzas no están constituidas por las relaciones de producción, en el sentido mar-

gundo Poulantzas” más distanciado de Althusser (*L'État, le pouvoir, le socialisme*, de 1978). Por supuesto, sus escritos intermedios evidencian su evolución, en particular, los ocasionados por su polémica con Miliband en las páginas de la *New Left Review*.

xista, sino que son más bien clases distributivas definidas a partir de las funciones técnicas de sus miembros en la producción, así como por factores políticos e ideológicos, 'sociales'. La teoría de clases se basa, por lo tanto, en la propia concepción de la producción de la teoría estructuralista. Es esta subordinación de la teoría de las clases a la teoría estructuralista la que dicta que las clases deben considerarse en términos distributivos (1977b: 14).¹⁰

Clarke extiende enseguida esta objeción suya a la concepción poulantziana de las clases a su concepción de las fracciones de clase, también derivada de aquella reducción de las relaciones de producción a relaciones técnicas entre agentes y factores de producción. Clarke insiste en este sentido en que las relaciones de producción ya son en sí mismas, es decir, con independencia de su expresión político-ideológica, relaciones sociales entre clases. En consecuencia, el punto de partida del análisis de las fracciones del capital debe ser el concepto de capital social o de capital en general, en su antagonismo con el trabajo social:

los trabajadores explotados por cada capital particular son explotados como parte de la clase obrera por una parte de la clase capitalista: la relación de clase entre el capital y el trabajo es la condición previa de la relación particular entre un capital específico y los trabajadores explotados por ese capital. En consecuencia, las relaciones de clase son anteriores a las formas económicas, ideológicas y políticas específi-

¹⁰ Clarke (1977b: 3-4; 8-9) añade que algo semejante sucede con las concepciones neogramscianas de las clases, con la diferencia de que éstas son vulgarmente interaccionistas, mientras que las estructural-funcionalistas reducen a los agentes involucrados en esas interacciones a soportes de estructuras. Clarke (1977b: 25, nota 1, siguiendo a Negri, 1994: 147 y ss.) incluye a la de Miliband dentro de esas concepciones neogramscianas, de manera que esto afecta también al debate entre Miliband y Poulantzas. Yo también creo que tanto la concepción de las clases de Gramsci como la de Miliband son meramente sociológicas, en ese sentido interaccionista, pero no veo una influencia importante del primero sobre el segundo.

cas que adoptan esas relaciones, y no son el producto de la asociación de miembros individuales de la clase (1978b: 41).

En efecto, el capital social no es meramente un agregado de capitales individuales, sino una totalidad enfrentada a otra totalidad, el trabajo social. Un capital social respecto del cual esos capitales individuales no son sino una suerte de accionistas, que participan de la explotación del trabajo social a través, precisamente, de su competencia entre ellos. Si se pierde de vista este punto de partida, argumenta Clarke con razón, recaemos en análisis “fraccionalistas”, es decir, en análisis que reemplazan la lucha de clases por los conflictos inter-burgueses, originados en definitiva en la competencia por el reparto del plusvalor, en la explicación de los procesos sociales.¹¹ En ambos casos, ya sea a propósito de las clases o de las fracciones de clase, la tentativa de Poulantzas de incorporar la lucha de clases y de fracciones de clase dentro de la rígida matriz estructural-funcionalista de Althusser fracasa, en opinión de Clarke, porque su propia concepción de las clases es, a su vez, estructural-funcionalista.

La segunda especificidad de la crítica de Clarke a Poulantzas, siempre en relación con su crítica a Althusser y Balibar, reside, naturalmente, en que Poulantzas desarrolló mucho más

¹¹ Para un intento alternativo de esclarecer ese concepto de conflictos inter-burgueses, me permito remitir a Bonnet (2012). Aclaro que esta crítica de Clarke a la concepción poulantziana de los conflictos inter-burgueses es indirecta, es decir, no es una crítica a Poulantzas, sino al empleo de su concepción por parte de algunos intelectuales en sus análisis de la política sudafricana durante la posguerra. Pero esto no va en desmedro de la pertinencia de la crítica de Clarke, sino al contrario. El hecho de que Clarke discuta esos análisis de procesos históricos concretos echa luz sobre una serie de limitaciones del pensamiento de Poulantzas que sólo pueden apreciarse en ese nivel de análisis: además del mencionado fraccionalismo, las dificultades para identificar a las fracciones de clase y a la fracción hegemónica dentro del bloque en el poder y para diferenciar entre la dominación económica y la hegemonía política, el solapamiento entre las fracciones de las clases y sus organizaciones, la colusión resultante entre los cambios de gobierno y los cambios en el bloque en el poder, entre otras.

rigurosamente que cualquier otro de sus colegas estructuralistas una teoría del Estado. En el primer Poulantzas, el Estado es capitalista por su posición y función dentro de la estructura, esto es, por su posición decisiva en la instancia de lo jurídico-político y por su función como garante de la reproducción de la formación social, su función de cohesión y regulación del conjunto de esas distintas instancias, en la medida en que organiza a las clases dominantes y desorganiza a las dominadas (1977b: 18-9). Demás está decir que Clarke advierte en esta concepción del Estado, así como en el marxismo estructuralista en general en el que se sustenta, un *encierro de la lucha de clases dentro de la estructura*.¹²

Pero es más interesante detenerse en el posterior intento de Poulantzas de otorgar mayor protagonismo a las clases y a la lucha de clases en su concepción del Estado. Este prometedor intento, para Clarke, sólo condujo a una “yuxtaposición entre una teoría estructural y una teoría clasista del Estado” (23).

En sus últimos trabajos, Poulantzas intentó integrar más estrechamente su teoría estructuralista con su teoría de la lucha de clases, relajando el rígido determinismo estructural de su teoría inicial, en la que la lucha de clases política estaba confinada dentro de la estructura que estaba condenada a reproducir, y trató de proporcionar análisis mucho más concretos de las formas y crisis contemporáneas del estado capitalista. Sin embargo, esta relajación de su determinismo inicial no cambió la teoría subyacente, sino que sólo aumentó el alcance de la contingencia en la ‘coyuntura’, atribuyendo un mayor peso a la ideología en la determinación de la constitución de las fuerzas de clase y el resultado de la lucha de clases y, siguiendo a Offe, permi-

¹² Quizás valga la pena recordar en este sentido el *graffiti* anti-estructuralista de los estudiantes del mayo francés: “¡las estructuras no bajan a la calle!”. Lacan replicó enseguida que las luchas de esos estudiantes eran apenas una suerte de “pasaje al acto” de esas estructuras (en el Seminario XVII, de 1969-1970).

tiendo un mayor papel a la dinámica autónoma del aparato estatal en la determinación de su desarrollo (1991b: 16).

Poulantzas inaugura así, según Clarke, la deriva posestructuralista de sus sucesores.¹³

Esta tendencia fue llevada a su conclusión final en la década de 1980 por muchos de los antiguos seguidores de Poulantzas. El “postestructuralismo” abandonó la “determinación en última instancia por lo económico” en favor del papel determinante de la ideología, o “discurso”, en la constitución de fuerzas políticas y en el desarrollo de la política estatal (1991b: 19).

LA HERENCIA ESTRUCTURALISTA: SU CRÍTICA A LA ESCUELA DE LA REGULACIÓN

Clarke no discutió a esos autores posestructuralistas en su conjunto, pero sí a la denominada “escuela de la regulación” (en su vertiente parisina) y la recuperación de algunos conceptos poulantzianos y regulacionistas por parte de autores no provenientes del marxismo estructuralista (como Jessop y Hirsch). Comencemos por sus críticas a aquella.¹⁴

¹³ Clarke no se detiene demasiado en las consecuencias de esta evolución de Poulantzas, entre las cuales se encuentra, en primer lugar, la paradoja de que su saludable relajamiento del determinismo estructural previo, en ausencia de otra alternativa, deje indeterminado su concepto de Estado (véase Bonnet, 2023).

¹⁴ Sigo este orden sólo por razones argumentativas pues, en realidad, sus primeras críticas a la escuela de la regulación parecen haber sido las suscitadas por este uso de algunas de sus categorías por parte de estos últimos, en el debate sobre el *fordismo* y el *posfordismo* que tuvo lugar en Italia en 1982 (véase Clarke, 1991b: 41; ver los escritos de Clarke, Hirsch y Jessop originalmente publicados en *Kapitalistate* en 1983 y reunidos más tarde en *The State Debate*).

La crítica de Clarke a la escuela de la regulación sigue, en cierta medida, sus críticas previas al marxismo estructuralista, de donde dicha escuela proviene. Las categorías intermedias de regímenes de acumulación extensivo e intensivo y sus correspondientes modos de regulación institucionales también revisten un status típico-ideal, combinándose entre ellas en las distintas formaciones económico-sociales. “El enfoque de la regulación tendió a adoptar un modelo estructural-funcionalista de etapas sucesivas de integración y desintegración estructural, que ha sido utilizado como base para una periodización de los grandes ciclos de la acumulación capitalista” (Clarke 1988a: 109-10).¹⁵ “Aunque la teoría de la regulación rechaza la periodización ortodoxa y la teoría del capitalismo monopolista de Estado como caracterización de la época actual, conserva los fundamentos teóricos ortodoxos al considerar al desarrollo histórico de las relaciones sociales de producción como el desarrollo de formas de regulación apropiadas a la etapa de desarrollo de las fuerzas productivas” (1990b: 136).

Esta es, advierte Clarke, una herencia teórica de Althusser y Poulantzas.¹⁶ Ya en su versión original, en Aglietta, a pesar de la importancia que éste concede a la lucha de clases, la teoría de la regulación se convierte entonces en una teoría estructural-funcionalista de la estabilidad de la sociedad capitalista, que reemplaza la lucha de clases por los imperativos de integración del modo de desarrollo (110-1; 131-3). La crítica institucionalista a la concepción marginalista ortodoxa del mercado degenerará posteriormente, en el propio Aglietta, Orléan, Lipietz y otros regulacionistas, en una

¹⁵ Luego Clarke (1990a; 1992) hace extensiva esta crítica a otras concepciones institucionalistas no-estructuralistas: las teorías de las estructuras sociales de acumulación (de Weisskopf, Bowles, Gintis) y de la especialización flexible (Piore y Sabel), además de la concepción de los modos de desarrollo de Jessop, sobre la que volveré enseguida.

¹⁶ Clarke (1990b) también examina críticamente el origen gramsciano de la noción de fordismo (o sea, el apunte sobre “Americanismo y fordismo” del Cuaderno 22), pero no se detiene en el análisis de en qué medida su propia crítica a la concepción tecnocrática de las relaciones de producción puede extenderse a Gramsci.

mera sociología económica. Y, también en este caso, Clarke objeta la vacuidad empírica de algunos análisis regulacionistas del *fordismo* de posguerra y de la emergencia de un (o de distintas variantes de un mismo) posfordismo tras su crisis (Clarke 1988a; 1990a; 1992). Pero no podemos analizar en detalle esta crítica suya aquí, porque implicaría exponer su análisis alternativo del período del capitalismo en cuestión (análisis cuya versión más desarrollada no está en estos textos de polémica con el regulacionismo, sino en Clarke, 1988b).

La crítica de Clarke a la recuperación de algunos conceptos poulantzianos y regulacionistas por parte de autores no provenientes del marxismo estructuralista es, en mi opinión, más problemática. Quizás la manera en la que Jessop emplea las categorías de estrategia de acumulación, proyecto hegemónico y modo de desarrollo caiga (a pesar suyo, porque reconoce explícitamente las limitaciones del estructuralismo) bajo las objeciones de Clarke al marxismo estructuralista. En particular, respecto de su concepción del Estado, que se halla en el eje de la crítica de Clarke (véase Pascual y Ghiotto, 2023), quizás el de Jessop no sea sino un “desarrollo sofisticado del enfoque ‘estructural-funcionalista’ del Estado derivado de Poulantzas, pero que no obstante sigue siendo estructural-funcionalista” (1991b: 45). Esto merecería una discusión más detallada, que no puedo encarar en estas páginas, porque a la vez la concepción del Estado de Jessop se aparta considerablemente de la estructuralista en varios aspectos. Pero, en cualquier caso, Clarke yerra cuando extiende su crítica a la concepción del Estado de Hirsch. Y este error pone de manifiesto, retrospectivamente, una debilidad de su crítica al marxismo estructuralista.

En efecto, la asimilación de conceptos poulantzianos y regulacionistas por parte de Jessop y, especialmente, de Hirsch, puede ser materia de discusión en dos niveles. A saber, en primer lugar, en el nivel de la pertinencia empírica de esas categorías para el análisis (por ejemplo, cuando Hirsch parte de la distinción entre fordismo y posfordismo para distinguir entre Estados de seguridad y de competencia, respectivamente). Y, en segundo lugar, en el nivel de la compatibilidad entre esos conceptos y el marco teórico más general en el que son asimilados (es decir, en qué medida esos conceptos

acarrear una inevitable carga estructural-funcionalista, incompatible con el marco teórico de Hirsch). Todo esto es materia discutible. Pero es indiscutible que Hirsch no asimila esos conceptos dentro del marco de una teoría del Estado estructuralista, sino derivacionista. Como veremos, al extender indiscriminadamente su crítica, Clarke acaba atentando contra la posibilidad misma de cualquier teoría del Estado –y, por supuesto, contra la posibilidad de especificar la naturaleza del Estado capitalista en general y de distinguir entre las distintas formas históricas particulares que revistió.

En efecto, Clarke escribe que

la separación de los trabajadores respecto de los medios de producción y de subsistencia, que es la condición de la explotación capitalista, y su movilización colectiva, que es la condición del avance de la clase obrera, no son presupuestos externos de la lucha de clases, son al mismo tiempo la base material y el objeto de esa lucha. De la misma manera, el carácter de clase del Estado no es una característica estructural inherente a su forma capitalista, ya que esa forma sólo se reproduce o se transforma en el curso de la lucha de clases. Por eso, la teoría del Estado no puede contentarse con el estructuralismo del “análisis de la forma”, sino que tiene que ubicar el análisis de la forma y las funciones del Estado en el contexto del desarrollo de la lucha de clases (1991: 47).

Este argumento parece correcto a simple vista. En efecto, tanto el capital como el Estado, como formas de relaciones sociales antagónicas, se reproducen a través de la lucha de clases. Pero de aquí no se sigue que el capital y el Estado sean apenas lucha de clases o, en sus palabras, que el “carácter de clase del Estado” sea independiente de su “forma capitalista”. El carácter externo de las relaciones entre las instancias de la estructura, que Clarke achaca correctamente al marxismo estructuralista, no puede hacerse extensivo sin más a las relaciones establecidas entre forma y contenido en el marxismo dialéctico no-estructuralista.

Esto es, sin embargo, lo que hace Clarke. Se refiere al “análisis de la ‘derivación del Estado’” como un análisis “extremada-

mente abstracto y a menudo formalista, que también a menudo se reduce a otra versión del estructural-funcionalismo” (1983: 163). Clarke rechaza entonces cualquier posibilidad de derivación del Estado: “el Estado no puede ser derivado conceptualmente” (1983: 163). Y, puesto que no puede ser derivado conceptualmente, sólo queda constatar que existe empíricamente.¹⁷

El Estado no es, en el sentido más estricto, *necesario* para la reproducción social capitalista, puesto que ninguno de los conceptos desarrollados en *El capital* presupone el concepto de Estado mientras que, por otra parte, el Estado no puede ser derivado lógicamente de los requerimientos de la reproducción social capitalista (168).

Estas afirmaciones son, por supuesto, muy discutibles. Ya las propias relaciones de intercambio de mercancías (del segundo capítulo de *El capital*), entendidas como relaciones generalizadas, capitalistas, presuponen que dichas relaciones asuman generalizadamente una forma jurídica, y esta juridización presupone a su vez al Estado.¹⁸

Este argumento de Clarke conduce a una negación empirista de la posibilidad misma de conceptualizar el Estado en el marco de la crítica de la economía política. El Estado existió en todas las sociedades de clases: “el Estado no es una institución específicamente capitalista, es una institución común, en diferentes formas, a todas las sociedades de clases” (165). Y en todas ellas existió como

¹⁷ Esta reducción del Estado a una mera institución histórica contingente ya estaba presente en los escritos más tempranos de Clarke (véase Clarke, 1974: 50-3, donde, paradójicamente, parece a la vez atribuirle al Estado funciones necesarias para el desarrollo del capitalismo, como la garantía de la ley).

¹⁸ Una aclaración: no estoy afirmando que el Estado se deriva de las relaciones de intercambio (en realidad se deriva de la relación de producción capitalista, en tanto es mediada por el intercambio de la fuerza de trabajo, como afirma Hirsch); estoy afirmando en cambio que ya esas relaciones de intercambio generalizado presuponen la existencia del Estado (sobre esto, véase Bonnet, 2024).

una instancia separada de la sociedad: “la separación institucional del Estado respecto de la clase explotadora es un rasgo de todas las sociedades de clases” (165). Entonces, el Estado se reduce a una institución y se convierte, como inevitablemente sucede en cualquier enfoque empirista, en un mero instrumento de opresión de la clase dominante, siendo su particularización respecto de la sociedad una mera apariencia ideológica. “El rasgo esencial del Estado es su carácter de clase; su autonomía es la forma superficial de aparición de su rol en la lucha de clases” (165). El problema de esta argumentación radica en que, aun si asumiéramos aquella existencia transhistórica del Estado, no permite conceptualizar la especificidad del Estado capitalista. ¿Consideraban los siervos de la gleba el poder de sus señores feudales como “un poder público, impersonal, separado de la sociedad” –para valernos de la expresión de Pashukanis? Este argumento de Clarke no cuestiona específicamente las concepciones estructuralista o derivacionista del Estado, sino que niega sin más la posibilidad de cualquier teoría marxista del Estado capitalista. Y lo mismo vale para su argumento en contra de las categorías de fordismo, posfordismo y demás, que tampoco cuestiona específicamente estos conceptos regulacionistas, sino que apunta a negar sin más la posibilidad de emplear cualesquiera categorías intermedias para el análisis de la sociedad capitalista.

CONCLUSIONES

La crítica al marxismo estructuralista que Clarke desarrolló entre mediados de los setenta y comienzos de los noventa es importante y coherente. Sus ejes son sus objeciones a la relevancia empírica del concepto de estructura, a la concepción de las relaciones de producción en términos técnicos, en particular, y, en términos más amplios, al carácter externo de las relaciones entre prácticas / instancias dotadas de autonomía relativa dentro de esa estructura, y al determinismo estructural-funcionalista, especialmente respecto

del papel de la lucha de clases. Todas estas objeciones de Clarke son importantes y las integra de manera coherente en una crítica amplia que abarca desde los precursores no-marxistas del estructuralismo, pasando por el estructuralismo marxista clásico, hasta los inicios de la escuela de la regulación. Su crítica del marxismo estructuralista incluye, además, una serie de interesantes sugerencias sobre puntos que merecerían ser recuperados y desarrollados, algunas de las cuales mencionamos a pie de página. Pero a su crítica también subyace una debilidad, que quizás ya puede intuirse en sus críticas tempranas al marxismo althusseriano, pero que recién se pone de manifiesto en el marco de este último debate sobre el fordismo y el posfordismo.

Se trata de cierta veta empirista que atenta contra la posibilidad de desarrollar cualquier teoría marxista del Estado, así como de cualesquiera categorías marxistas intermedias para el análisis de las mutaciones históricas de la sociedad capitalista. Afirmé a comienzos de este artículo, en favor de la crítica de Clarke al estructuralismo, que una teoría que no fuera contrastable empíricamente en ninguno de sus niveles de abstracción sería inaceptable. Pero también afirmé que suponer que esa teoría debe ser contrastable en todos y cada uno de sus niveles de abstracción nos hundiría en el empirismo más estéril. Marx nunca incurrió en semejante empirismo. Cuando se refería a las luchas salariales de la clase trabajadora, suponía que se enmarcaban en la forma capital (porque, en caso contrario, no serían *salariales*); cuando se refería a su lucha por la reducción legal de la jornada de trabajo, suponía que se enmarcaban en la forma Estado (en caso contrario, no serían *legales*). La crítica de Clarke al encierro de la lucha de clases dentro del determinismo estructural-funcionalista es correcta. Pero de esta crítica correcta no se sigue que debemos ignorar las formas que reviste esa lucha de clases y reducir la teoría a la mera constatación empírica de que existen luchas.

REFERENCIAS

- Altvater, E., J. Hoffmann y W. Semmler (1979). "El valor de Marx". En Garegnani, P. et al., *El debate sobre la teoría marxista del valor* (pp. 95-104). Córdoba: Pasado y Presente.
- Bonnet, A. (2012). "Riñas en la cofradía. Los conflictos interburgueses en las crisis argentinas recientes". En *Conflicto Social. Revista del Programa de investigación sobre conflicto social*, 8, 65-123.
- Bonnet, A. (2023). "La teoría del Estado de Poulantzas. Alcances, límites, paradojas". En Pascual, R. y Waiman, J. (Eds.). *Debatir Poulantzas. Perspectivas críticas sobre el Estado y las Relaciones Internacionales* (pp. 23-52). Buenos Aires: Prometeo.
- Bonnet, A. (2025). "Acerca de la relación entre las derivaciones de las formas jurídica y política". *Direito e praxis* 16(1), 1-23.
- Charnock, G. y Starosta, G. (2023). "'If 'Marxists' Would Only Read Marx': The Significance of Simon Clarke's Marxism". *Capital & Class*, 47(2), 177-181.
- Clarke, S. (1974). *The Development of Capitalism*. Londres: Sheed and Ward.
- Clarke, S. (1977a). "Lévi-Strauss' Structural Analysis of Myth". *Sociological Review*, 25(4), 743-774.
- Clarke, S. (1977b). "Marxism, Sociology and Poulantzas' Theory of the State". En *Capital and Class* 1(2), 1-31 (reproducido en Clarke, 1991c).
- Clarke, S. (1978a). "The Origins of Lévi-Strauss's Structuralism". *Sociology*, 12(3), 405-439.
- Clarke, S. (1978b). "Capital, Fractions of Capital and the State. 'Neo-Marxist' Analysis of the South African State". *Capital and Class*, 2(2), 32-76.
- Clarke S (1979). "Socialist Humanism and the Critique of Economism". *History Workshop*, 8, 138-156.
- Clarke, S. (1980). "Althusserian Marxism". En Clarke, S et al. (Eds.), *One-Dimensional Marxism. Althusser and the Politics of Culture* (pp. 7-102). Londres / Nueva York: Allison & Busby.
- Clarke, S. (1981). *The Foundations of Structuralism. A Critique of Lévi-Strauss and the Structuralist Movement*. Sussex: The Harvester Press / New Jersey: Barnes & Noble.
- Clarke, S. (1982). *Marx, Marginalism and Modern Sociology* (1ª ed.). Londres: Macmillan.
- Clarke, S. (1983). "State, Class Struggle, and the Reproduction of Capital". *Kapitalistate*, 10-11, 113-133 (reproducido en Clarke, 1991c).

- Clarke, S. (1988a). "Overaccumulation, Class Struggle and the Regulation Approach". *Capital and Class*, 12(3), 59-92 (aquí citado de la versión en español: "Sobrecumulación, lucha de clases y el enfoque de la regulación", en AAVV. (1992), *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista* (pp. 97-141). Buenos Aires: Tierra del Fuego.
- Clarke, S. (1988b). *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*. Aldershot: Edward Elgar.
- Clarke, S. (1990a). "The Crisis of Fordism or the Crisis of Social-Democracy?". *Telos*, 83, 71-98.
- Clarke, S. (1990b). "New Utopias, for Old: Fordist Dreams and Post-Fordist Fantasies". *Capital and Class*, 14(3), 131-155.
- Clarke, S. (Ed.) (1991a). *The State Debate*. Londres: Macmillan.
- Clarke, S. (1991b). "The State Debate". *Introducción a Clarke*, 1991a: 1-61.
- Clarke, S. (1991c). *Marx. Marginalism and Modern Sociology* (2ª ed.). Londres: Palgrave Macmillan.
- Clarke, S. (1992). "Whay is the F---'s Name is Fordism". En Gilbert, N., et al. (Eds.), *Fordism and Flexibility* (pp. 13-30). Londres: Palgrave Macmillan.
- Dinerstein, A. (Coord.) (2023). "Forum celebrating Simon Clarke". *Capital and class*, 47(2), 156-226.
- Ioannou, G. (2023). *In memoriam Simon Clarke (26/3/1946 – 27/12/2022), his Marxism and Contribution to the Political Economy of Labour*. Disponible en <https://www.historicalmaterialism.org/blog/memorial-simon-clarke-2631946-27122022-his-marxism-and-contribution-to-political-economy>
- Lebowitz, M. (1973). "The Current Crisis of Economic Theory". *Science and Society*, 37, 385-403.
- Negri, A. (1994). "Communist State Theory". En Hardt, M. y Negri, A., *Labou of Dyonisus. A Critique of the State-Form* (pp. 139-176). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Pascual, R. y Ghiotto, L. (2023). "Simon Clarke's Marxism and Latin America". En Dinerstein, 2023: 41-46.
- Sazbón, J. (2009). "Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson". En *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual* (pp. 207-260). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Thompson, E. P. (1981). *Miseria de la teoría*. Madrid: Cátedra.